

¿Cómo se produce el pasado? El testimonio como categoría analítica para la historia del tiempo presente

LUIS JIMÉNEZ SEGURA

Resumen

Este artículo propone el uso del concepto de *testimonio* como categoría analítica desde la historia del tiempo presente y, particularmente, al trabajar con la metodología de historia oral. Primero, consideraré al testimonio como un acto de memoria y después como un objeto de estudio de la historia. Este trabajo muestra cómo la elaboración y análisis de testimonios de historia oral puede nutrir el valor explicativo de la historia del tiempo presente si se considera el lugar que ocupa la reflexión sobre la historia, el pasado, la memoria y el olvido en los fenómenos de rememoración. Por tanto, el testimonio como categoría analítica permite establecer puentes entre la interpretación de los recuerdos y de los actos de memoria con la historiografía. En este sentido, el presente trabajo hace un ejercicio de análisis de testimonios orales elaborados junto con campesinos en México.

Palabras clave:

testimonio, memoria, historia, pasado.

Recepción: 10/10/23

Aceptación: 29/07/24

How is the Past Produced? Testimony as an Analytical Category for the History of the Present Time

Abstract

This article suggests the usage of the concept of testimony as an analytical category from the history of the present time and, particularly, when working with the methodology of oral history. First, I will discuss testimony as an act of memory and then as an object of study of history. This paper shows how the construction and analysis of oral history testimonies can nourish the explanatory value of the history of the present time if we consider the place of reflection on history, the past, memory and forgetting in the phenomena of remembrance. Therefore, testimony as an analytical category makes it possible to establish connections between the interpretation of memories and acts of memory with historiography. As such, the present paper makes an exercise of analysis of oral testimonies developed with peasants in Mexico.

Keywords: Testimony, Memory, History, Past

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional. (Atribución-No Comercial-Compartir Igual)
<https://doi.org/10.59339/c.v11i22.587>

Jiménez Segura, L. (2024). ¿Cómo se produce el pasado? El testimonio como categoría analítica para la historia del tiempo presente. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 11(22), 14-30



¿Cómo se produce el pasado? El testimonio como categoría analítica para la historia del tiempo presente

LUIS JIMÉNEZ SEGURA*

El testimonio como posibilidad

El testimonio es un acto de memoria que puede ser objeto de estudio de la historia, particularmente para la historia del tiempo presente (Allier, 2018). Por medio del diálogo entre entrevistador y entrevistado, la entrevista de historia oral (entendida también como testimonio oral de aquí en adelante) produce recuerdos como rememoraciones acompañadas de los testigos del pasado. También da cuenta de rememoraciones transmitidas, aprendidas y resignificadas por las y los narradores. Así, los recuerdos evocados en los testimonios tienen como tema central de reflexión al pasado; en este, se encuentran contenidas vivencias, emociones y aprendizajes, por lo que resulta de interés comprender cómo se traman los acontecimientos y qué significa el pasado en sí para los sujetos implicados en la entrevista. Por lo mismo, el testimonio da cuenta de una idea del pasado, así como de imágenes y representaciones de este –no es una ventana al pasado en sí–, por lo que resulta necesario comprender los conceptos temporales que articulan los relatos, cualesquiera que sean los que las y los entrevistados empleen para significar sus experiencias.

El objetivo de este trabajo es mostrar cómo la elaboración y análisis de testimonios de historia oral puede nutrir el valor explicativo de la historia del tiempo presente si se considera el lugar que ocupa la reflexión sobre la historia, el pasado y el olvido en los fenómenos de rememoración. Los testigos informan sobre la diversidad de experiencias sociales y comparten sus reflexiones sobre sí mismos, el cambio social y la agencia en la historia. Sin embargo, ello solo es posible si hay un esfuerzo explícito de ambas partes –entrevistador y entrevistado– para hablar y escuchar atentamente. Por ello, demostraré que un testimonio da cuenta tanto de datos e información, como de reflexiones. Parto del supuesto de que el pasado se produce de forma relacional en los testimonios. En este sentido, se construyen memorias

* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Correo: ljimenez@institutomora.edu.mx

gracias al diálogo que parte de marcos sociales similares y referentes concretos de acontecimientos y procesos del pasado. Mi hipótesis es que para la elaboración de testimonios resulta fundamental comprender las nociones y conceptos que los interlocutores tienen acerca del pasado mismo, la historia, la memoria y el olvido, así como de las valoraciones que hacen de las experiencias propias y ajenas como conocimiento del pasado.

La petición y recopilación de testimonios orales que se han hecho a personas que experimentaron procesos clave del pasado han dado lugar a una amplia reflexión en torno al lugar de dichos sujetos en la historia como testigos (Benigno, 2013, p. 48). Como historiadores e historiadoras orales asumimos que la experiencia se encuentra disponible para su documentación y estudio en tanto existan personas dispuestas a compartir sus vivencias ante quien desee y busque preguntar por ellas. La historia oral ha sido un recurso clave para la producción de testimonios referentes al pasado reciente, ya que permite acceder a la memoria objetivada en los recuerdos enunciados durante una entrevista, en tanto ejercicio reflexivo en el que se expresan subjetividades en conjunto (Cejudo, 2021, p. 219). Su especificidad frente a otro tipo de testimonios –como los testimonios judiciales– es que las entrevistas son resultado de un *trabajo de memoria* (Jelin, 2002) colaborativo para formar parte del archivo de una investigación histórica. El testimonio oral entendido como un acto es un acontecimiento por sí mismo, en el que participan quienes comparten sus vivencias, saberes, opiniones y conocimientos.

Con el fin de indagar en las implicaciones de la hipótesis propuesta, haré algunas anotaciones al respecto de un conjunto de entrevistas realizadas entre a campesinos de Tlanalapan, un pueblo productor de papa ubicado al oriente del estado de Puebla, en México. La investigación se guió con el fin de recopilar testimonios en los que la enunciación de la crisis proviniese de las voces y experiencias de algunos habitantes del pueblo. Para fines de este trabajo, consideraré tres niveles de análisis: uno que sitúe a las y los entrevistados como actores sociales durante la crisis, otro en el que se muestren las condiciones presentes de las y los narradores y otro en el que se hagan explícitos los objetivos, limitaciones y alcances de la investigación. Al momento de hacer las entrevistas, les comentaba que mi interés era saber la historia de las papas, de la época en que “valían” y cómo fue que dejaron de valer. Sobre esta interacción pondré a prueba mis planteamientos.

La memoria, los recuerdos y el testimonio

Como primer punto, describiré algunas características generales de los testimonios orales para su uso como fuentes históricas, así como las formas en que pueden ser analizados, es decir: qué se les puede preguntar en términos de datos sobre el pasado, cuáles son sus alcances, sus límites y su relevancia para el estudio de la memoria desde la historia. La memoria no es un objeto del pasado dado de antemano para su estudio, sino que es una

construcción presente de una imagen del pasado elaborada a partir de *huellas*. Sus formas concretas son los recuerdos y las rememoraciones, y cada término suscita una problemática propia. No es lo mismo un recuerdo “que viene a la mente” de forma aparentemente involuntaria que un recuerdo que es buscado y reconstruido a partir del acto de rememorar, en busca de fechas y datos precisos. En el *Diccionario de la memoria colectiva*, dirigido por Ricard Vinyes, en la entrada para la voz “testimonio” se plantea que es una categoría clave para la discusión en torno al debate acerca de la relación entre historia y memoria (Vinyes, 2018, p. 461 y ss.). El testimonio tiene una dimensión doble: como acto se trata de la comunicación de la vivencia que un individuo (el testigo) hace acerca de acontecimientos o procesos; como objeto es la “concreción material” de dicha comunicación y de cualquier “objeto ‘parlante’” que de cuenta de forma verosímil del pasado.

Desde la historia oral se ha retomado uno de los planteamientos centrales de la fenomenología de la memoria propuesto por Paul Ricœur, a saber, que “(...) no contamos con nada mejor que la memoria para garantizar que algo ocurrió antes de que nos formásemos un recuerdo de ello” (Ricœur, 2008, p23). Al respecto, Ada Marina Lara Meza retoma esta idea y sitúa al recuerdo como objeto de la memoria desde el testimonio elaborado a partir de historia oral (Lara Meza, 2010, pp. 62, 64 y 71). Así, pareciera que de alguna forma contamos con los recuerdos para acceder al pasado desde el presente de manera inmediata. Sin embargo, considero que la memoria no se encuentra disponible de inmediato al trabajar con testimonios y, por tanto, requiere puntualizar de qué formas incide el que sea un trabajo colaborativo entre entrevistadores y entrevistados. El trabajo del historiador oral implicaría mostrar qué busca conocer, cuáles son sus preguntas y cómo pretende realizar el tránsito entre memoria e historia en las entrevistas. Por otro lado, quien rinde testimonio ofrece una selección de sus recuerdos, que dependerá tanto de la confianza que tenga con su interlocutor, como del estado de su memoria al momento de la entrevista.

Para Ricœur el testimonio pertenece a los actos ilocucionarios de carácter asertivo (Ricœur, 2005).¹ El testimonio es resultado de una operación que inicia con la declaración de la memoria, pasa por su puesta en archivo y termina con su constitución como prueba documental. Dicha operación se conforma de seis componentes esenciales (Ricœur, 2008, pp. 208-214). Primero, el testimonio es la aserción de una realidad factual dicha por un testigo capaz de certificar su declaración como experiencia propia o de un allegado. El testigo se autodesigna a sí mismo como tal y su legitimidad se

¹ Ricœur sigue los planteamientos de Daniel Vanderveken, John Langshaw Austin y John Searle. Para Searle y Vanderveken, los actos ilocucionarios son “Las unidades mínimas de comunicación humana” constituidas como “actos de habla”. El locutor emite su habla en un contexto “apropiado”, por lo cual el acto en sí implica una “fuerza ilocucionaria” particular –la intencionalidad del enunciado– frente a un alocutor y un “contenido proposicional” relativo a una realidad fáctica (Searle y Vanderveken), 2005, pp. 109-110). De forma similar, Helena Beristáin menciona que los actos ilocutivos (como ella les llama) establecen una relación entre locutor y alocutario basada en un compromiso (Beristáin, 2013, p. 15). En este caso, el compromiso del locutor es hablar del pasado de forma verídica; el historiador, por tanto, asume el compromiso de creerle, al mismo tiempo que lo escucha de forma crítica.

complementa mediante el diálogo, pues mientras el testigo pide ser creído, quien recibe el testimonio debe asumir el compromiso de comprender la verdad, no de juzgarla. Para Ricœur el testimonio es una institución que crea comunidad, pues implica confiar en la palabra y en la escucha del otro. Al existir la posibilidad de disenso, cada testimonio debe ser evaluado primero en sus propios términos y después en relación con otros testimonios, ya sean de otras personas o del mismo testigo. La fiabilidad del testigo también reside en su capacidad de mantener su testimonio a lo largo del tiempo. Por tanto, el testigo y el testimonio llegan a ser tales en la medida en que el testimonio es creído, incluso grabado, aunque ello no signifique que su contenido sea fiable de antemano en términos de objetividad factual.

Por otro lado, la memoria se enuncia desde los parámetros de un grupo social y diversas adscripciones identitarias. Como planteó Maurice Halbwachs, no existen recuerdos individuales aislados del mundo social, sino que están sujetos a los “marcos sociales de la memoria” dados a los individuos por su posición social, “(...) en la medida en que nuestro pensamiento individual se reubica en estos marcos y participa en esta memoria que sería capaz de recordar” (Halbwachs, 2004, p. 9). Para Halbwachs, el marco social permite la representación del pasado y busca una significación activa, consciente y reflexiva, que solo sería posible en tanto hay un discurso dominante sobre la memoria colectiva. Los recuerdos de los individuos –que componen el cuerpo de esta memoria– pueden situarse en línea con el discurso dominante o pueden ir en contra de él, pero en cada caso es el referente central de su memoria. Aleida Assmann precisa que, para poder identificar la dimensión grupal de los marcos sociales, es necesario identificar el carácter identitario individual del “nosotros” enunciado en cada caso, es decir, situar el referente central del grupo (Assmann, 2008, p. 52).

Para estudiar la memoria, es necesario objetivarla en recuerdos individuales. El problema para la investigación es que la memoria colectiva no puede reproducirse en una mente social, por lo que el punto de partida establece formas objetivas de la memoria representativas de la experiencia colectiva, tanto como de las vivencias personales. Para Jan Assmann, la posibilidad de comunicar la memoria es parte de la reafirmación del vínculo social –él la llama memoria comunicativa– y se caracteriza porque permite una “concreción de la identidad” en un ámbito no cotidiano, así como la estabilización de una imagen autorreferencial del grupo a partir del decir de un individuo. La memoria comunicativa permite acceder y reconstruir el pasado a partir de cómo se seleccionan y descartan diversos elementos identitarios del grupo social a lo largo del tiempo (Assmann, 1995, pp. 29-32).

Con estas consideraciones sobre las características generales del testimonio, cabe preguntarse por el contenido proposicional que lo encarna. Josefina Cuesta Bustillo señala que el testimonio es resultado de un acto de memoria que implica la percepción de una vivencia, la retención de su recuerdo y la declaración y narración del acontecimiento en tanto acto de

restitución de sentido (Cuesta Bustillo, 2003, p. 50). Como acto de habla, las unidades que conforman el contenido del testimonio son los recuerdos del testigo articulados narrativamente como anécdotas, experiencias u otras formas del relato. Para que alguien pueda contar lo que vivió o lo que le contaron, debe poder recordarlo activamente y también poder establecer una distancia temporal frente a dicha experiencia. Sin embargo, ni la distancia temporal ni los recuerdos son elementos rígidos del testimonio, antes bien son fluctuantes e incluso inestables pues hablan más del proceso activo de significación que de la concreción de los hechos narrados.

A su vez, los recuerdos como objeto y contenido del testimonio se pueden conceptualizar como remanentes y receptáculos del pasado. El recuerdo es una huella de la memoria y no el pasado en sí mismo, por lo que podemos considerarlo como una evocación presente del pasado (Mudrovic, 2005, p. 116). Este acto implica la representación del pasado vivido así como la transmisión de la memoria entre los miembros de un grupo social, incluso con gente fuera del grupo, lo que da lugar a reflexionar sobre la apropiación que hace el testigo de los recuerdos. Los testigos pueden narrar experiencias vividas y experiencias transmitidas; en el primer caso, narran sus vivencias, en el segundo, narran las formas en que les transmitieron el pasado. Sobre ello, Hans Blumenberg menciona que el recuerdo consiste en una forma de tener y conservar el pasado. La experiencia recordada por otros permite a quien recuerda reconocerse y reconocer a los demás, con los presupuestos de sus ideas del mundo y de los hechos como ocurrieron (Blumenberg, 2007).

Para Luisa Passerini, la memoria es una representación que a su vez es reflejo de otras representaciones. Ello implica comprender cómo se aprende a recordar y a olvidar, a fin de no dejar los recuerdos a merced del automatismo. Si la memoria y los recuerdos son imágenes ausentes, el trabajo de análisis permite relacionar los signos de las ausencias en los recuerdos con la realidad histórica en el plano simbólico de forma verosímil. Sin embargo, Passerini destaca que los recuerdos nos son asequibles como objeto de análisis mayormente en su dimensión textual, pues “sería necesario trabajar como si la memoria fuera algo más que un simple conjunto de palabras, pero, al mismo tiempo, concentrarse en el análisis textual de las huellas de la memoria” (Passerini, 2006, p. 26). De igual forma, Elizabeth Jelin destaca que la memoria se encuentra mediatizada “(...) por el lenguaje y el marco cultural interpretativo en el que se expresa, se piensa y se conceptualiza” (Jelin, 2002, p. 34). Por tanto, es posible pensar al testimonio como el vehículo del pasado con el que se trabaja la memoria desde la historia, a los recuerdos como el contenido proposicional susceptible de análisis y a la memoria colectiva como el marco referencial para interpretar el pasado en sus propios términos.

Por ello, trabajar con la memoria implica reconocerle un valor legítimo como forma de enunciación del pasado que, al concatenarse con la historio-

grafía, establece una tensión que no está del todo resuelta (Traverso, 2007). En tanto que los testimonios y recuerdos pertenecen a la memoria, su relación con la historia implica una reflexión crítica fundada en la interpretación de textos y su respectiva realidad externa. Según Jeffrey Olick y Joyce Robbins, los estudios de memoria han logrado precisar algunos aspectos en los que ya no se contraponen memoria e historia, pues según ambos autores, las supuestas diferencias ontológicas y epistemológicas se han erosionado en función de reconocer la legitimidad de ambas formas de representar al pasado. Hasta hace unos años, la historia se presentaba como una forma de conocimiento acerca del pasado mucho más genuina, incluso fiable, dado que la incertidumbre e indeterminación de la memoria no permitía acercarse a la realidad factual del pasado. La distinción ontológica entre memoria e historia reconocía que la primera podría elucidar verdades, mientras que la segunda se reducía únicamente a su carácter testimonial (Olick y Robbins, 1998, p. 134).

Al trabajar con memoria y recuerdos, estamos ante un acto que produce narraciones e imágenes con un componente imaginativo susceptible de ser apropiado sin implicar un vínculo directo con la experiencia narrada y que habla de cómo los sujetos que recuerdan se identifican a sí mismos y a los demás a lo largo del tiempo. Así, la memoria del grupo puede estudiarse desde los testimonios individuales en función de categorías de análisis en torno a la significación del tiempo: cómo se comprende la “duración” de la identidad del grupo, los “acontecimientos” que lo han marcado, la “distancia temporal” entre el presente y el pasado y las “significaciones” que se generan, tanto las que perduran como las que cambian a lo largo de la historia del grupo. De igual forma hay que considerar en qué medida los testigos se adscriben o se distancian del grupo. En última instancia, implica también comprender cómo elaboran sus propias teorías de la historia respecto al cambio social a lo largo del tiempo, la causalidad de los acontecimientos y los cambios y permanencias en torno a las condiciones sociales e identidad del grupo.

La reflexión sobre lo histórico en las entrevistas

Al realizar investigaciones con testimonios orales se abordan temas que tratan sobre distintos aspectos del pensamiento histórico, lo cual permite pensar al testimonio como un objeto producido por el diálogo al que invita la entrevista de historia oral. En ellas se habla del pasado desde la perspectiva de quienes lo vivieron, se asignan valores y significados acerca de dicho pasado y se replican y renuevan las mitologías que componen el imaginario social del grupo. Si bien lo anterior es resultado del trabajo de memoria de los testigos, el historiador oral participa en la configuración de sentido del pasado mediante la petición del testimonio, el planteamiento de preguntas y una escucha atenta. Al negociar los contenidos y significaciones del pasa-

do en la entrevista, es que se comienza a producir una imagen renovada –y siempre provisional– del pasado desde la historia oral (De Garay, 2017, p. 119). Incluso al hacer preguntas abiertas, los testigos responden a sus propios intereses y a los intereses de investigación de quienes investigamos el pasado. Ello conduce al diálogo que hace posible un horizonte de enunciación común entre ambas partes.

Debido a lo anterior, trataré de emplear algunas características del testimonio para el análisis de algunas entrevistas realizadas con campesinos y campesinas de Tlanalapan, un pueblo en el estado de Puebla en México. El objetivo de la investigación que produjo las entrevistas era contar cómo se recuerda una crisis agrícola de la papa desde los testimonios de la gente del pueblo, pues entre ellas y ellos existía una narrativa común acerca de la historia agrícola regional. Tlanalapan fue un pueblo que vivió una bonanza de producción de papa a lo largo del siglo XX y, posteriormente, una crisis de precios hacia la década de 1980 y un abandono productivo hacia mediados de la década de 1990. En sus términos, la caída de los precios de la papa marcó su pasado al trastocar su identidad como uno de los principales pueblos productores de papa a nivel nacional y regional. Al escuchar sus experiencias, considero necesario cuestionar la narrativa historiográfica –no el hecho en sí– del abandono del campo en México y América Latina hacia finales del siglo XX, en tanto sigue siendo un relato narrado mayoritariamente desde arriba. El Estado es el agente que abandonó el campo mediante la implementación del modelo neoliberal, y las y los habitantes del mundo rural se encuentran apenas desdibujados como actores sociales.

Algunas personas del pueblo hablan del pasado papero como el marco social común de su memoria colectiva, semejante a la idea de *época*. En Tlanalapan, las personas recuerdan que durante la mayor parte del siglo pasado su identidad colectiva se constituía en torno a la idea de pueblo papero, sobre todo en función de su capacidad de trabajar en condiciones climáticas adversas y bajo un régimen laboral con un alto nivel de exigencia física. Las primeras temporadas que estuve Tlanalapan, tuve pláticas en las que me hablaban de la época en que la papa valía, además de que había mucha gente y dinero en el pueblo. Un primer elemento que explica las formas en que se concibe el tiempo es en relación con el espacio, pues la época de la bonanza –de la década de 1950 a la de 1980– se compone en la memoria mediante símbolos espaciales. Las narraciones mencionan que los cerros que rodean al pueblo eran usados como tierras de labor. Gracias a los volúmenes de producción, el camino que entra al pueblo desde la carretera que conecta con otras vías principales de la región se llenaba con decenas de camiones que diariamente llevaban la producción a los principales mercados de la Ciudad de México.

Cuando empecé a entrevistar y sistematizar esta información, hice preguntas reflexivas sobre el proceso de la crisis. A su vez, las y los entrevistados tuvieron la iniciativa de compartirme sus reflexiones acerca de experiencias que previamente me habían narrado. El 31 de octubre de 2016 realicé una

entrevista con un campesino retirado que trabajaba como taxista en el pueblo. Tan pronto le expuse la intención de la entrevista y la forma de grabarla, él realizó un monólogo de varios minutos en donde expuso las condiciones actuales y pasadas de la producción agrícola en Tlanalapan. Como consecuencia del abandono productivo por parte de los pobladores, el campo y la producción de papa quedaron en el olvido –a modo de hipérbole para acentuar la gravedad de la duración de la crisis–. La entrevista inicia de la siguiente manera:

Hoy en la actualidad ya no siembro ni una mata de papa. (...) Ya lo de la papa, pues ya quedó en la historia, porque yo desde el '95, 1995 dejé de sembrar. Dejé de sembrar papas porque ya no, ya no redituó ganancia, fue pura pérdida total. Pérdida y pérdida total. No nomás a mí. La mayoría de productores de papa, pues francamente pararon de sembrar. Y yo inclusive emigré. (...) Y ya del campo, pues francamente del campo productor de papa, todos, la mayoría, el noventa por ciento, nos olvidamos. Nos retiramos porque pues ya no es negocio. Pero la siembra de papa ya prácticamente se va a quedar en el olvido, porque ya no es negocio, ¿eh? Ya no es negocio y eso no nomás aquí en este pueblo. Es desde allá, desde el volcán Pico de Orizaba hasta el Cofre de Perote. (...) Pero ya el negocio de las papas, este año fue la, se puede decir, la despedida, ¿sí? La despedida definitivamente. Esa es toda la información completa acerca de aquí, de la vida del campo, de la montaña, sí.²

El testimonio tiene un gran valor analítico, debido a las formas en las que reflexiona sobre el pasado, así como la racionalidad económica que explica el impacto de la caída del precio de la papa en su vida. La crisis de los precios funciona como el momento de ruptura de la producción papera y del cambio social en su narración bajo los conceptos de historia y olvido. La caída del precio también establece un nexo entre la historia y sus vivencias, tanto personales como colectivas; sus decisiones personales se podrían entender como una consecuencia de la historia compartida. Por lo anterior, podemos distinguir las tres temporalidades propuestas por Elizabeth Jelin (Jelin, 2014, pp. 147-148): el tiempo biográfico, cuando el entrevistado dejó de sembrar y emigró; el tiempo histórico, señalado con fechas clave como 1995 o 2016, años clave del final de la producción de papa en su memoria; finalmente, el tiempo histórico-cultural del testimonio, anclado en el presente de su enunciación con marcadores como el “hoy”, “en la actualidad” o “la información completa acerca de aquí de la vida del campo, de la montaña”.

El testimonio también presenta tres elementos sobre la temporalidad de la memoria colectiva, comunes en otras entrevistas: la cronología de la producción en el pueblo, la duración de la bonanza y la crisis y los significados elaborados en la actualidad. Alessandro Portelli menciona que la búsqueda de fechas siempre representa un reto al trabajar con historia oral, pues se encuentran datos parcialmente fiables, al mismo tiempo que significados socialmente construidos. Vale la pena considerar las fechas y duraciones

² El entrevistado decidió permanecer en el anonimato. Su primer monólogo completo se encuentra en Jiménez Segura, 2021, pp. 154-156.

más en función de lo que significan que de los datos factuales, sin perder los indicios que nos brindan acerca de cronologías desconocidas (Portelli, 1991, pp. 73-76). La forma de narrar del entrevistado es atípica en referencia a las de otros habitantes del pueblo. Pocas personas incorporaron una reflexión tan directa sobre el olvido o la historia y sus vivencias personales. Por otro lado, en otras entrevistas también se enfatiza la bonanza y su duración a lo largo de poco más de una década, además del impacto social de la crisis y el abandono de los campesinos.

El 16 de septiembre de 2016 entrevisté a José Hípatl Hernández, campesino y transportista del pueblo, quien mencionó algunas fechas claves del período: de 1975 a 1980 el precio de la papa fue bueno, pero entre 1980 y 1985 cayó drásticamente; se recuperó parcialmente en 1990 pero no volvió a ser como antes y los campesinos dejaron de enviar su producto a la Ciudad de México:

Luis Jiménez Segura: Y aquí en el pueblo donde usted ha vivido, ¿solo se siembran papas?

José Hípatl Hernández: Pues antes sí sembraban nada más papa. Ahora no. A como han estado las cosas, ya se siembra haba, maíz. Ahora sí, eso es lo que ahorita se ha sembrado. Como llevan menos gastos y, aunque no se venden, guarda uno las semillas. Y las papas no, porque hubo un tiempo en el que, en el '80, en el '79, todo eso, del '75 al '79 estuvieron las papas más o menos que sí dejaba, eran rentables, Pero del '80, del '80 al '85 las papas fueron, ahora sí, fue cuando se perdió todo. Mucha gente de aquí, en esos años se salió de acá. Se ha de haber salido puede que el cincuenta por ciento del pueblo, que se salió. ¿Por qué? Porque las papas ya no dieron y mucha papa se quedó tirada en el campo. Ahorita ve los terrenos ya hasta se hicieron montes. Esa gente ya no regresó. Ya después empezaron a dar de nuevo un poco, como en el noventa, como en el noventa empezaron, fue de que ya empezó a los precios más o menos.

Las narraciones de las y los habitantes del mundo rural permiten una aproximación cualitativamente diferente a los procesos del pasado reciente. Un punto de partida es la dimensión espacial de los fenómenos desde lo local y lo regional hacia lo nacional. El testimonio citado se construyó sobre la economía de la papa. En él, se puede identificar una secuencia lineal de los fenómenos respecto a la fluctuación de precios y al cambio de cultivos a nivel regional. No aparecen los símbolos principales de la historiografía económica de México a finales del siglo XX, como la crisis de la deuda externa de 1982 o la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1992 y su puesta en marcha en 1994, por poner dos ejemplos. El cambio social tampoco se explica en esos términos. Si bien los productores agroindustriales del noroeste del país fueron quienes coparon el mercado de papa en el centro del país en esos años, en Tlanalapan el cambio se explica a escala regional por el incremento de las siembras y ganancias de los productores del pueblo del valle vecino de Guadalupe Victoria.

Además, el trabajo con testimonios permite cuestionar las cronologías de la historiografía, para complejizar sus significados. El 13 de julio de 2018

entrevisté a la señora Caridad Domínguez Leal y a su esposo. Platicamos sobre la novedad de la crisis en la década de 1980 y, en función de dicha inquietud, les pregunté cuándo había ocurrido la primera caída del precio de la cual tuvieran algún recuerdo o noticia. Su respuesta se situó cincuenta años atrás, en 1968. Por un lado, la crisis aparece como fenómeno económico recurrente. Por otro, su respuesta permite repensar y complejizar los significados de las fechas en la memoria ya que ese año tan emblemático para la memoria colectiva nacional y mundial y la historia política reciente de México es recordado como el “año de la primera olimpiada en México”:

Entrevistado anónimo: Bueno, un primer año que yo me acuerdo que las papas se quedaron así en el campo enterradas, o así en el montón —escarbaba uno y escarbaba un montón—, fue en el ‘68, cuando fue la primera olimpiada en México [...] Entonces me acuerdo que mucha papa se quedó enterrada. Nomás las que se escarbaron y unas se escarbaron, pero se quedaron amontonadas, no se vendió, no había venta. Sí, me acuerdo, fue en el ‘68 [...].
Caridad Domínguez Leal: Tuvieron que pagarle a los trabajadores, ¿y así con qué?
Luis Jiménez Segura: ¿Y después de ahí dejó de valer, o volvió a valer después de eso?

Caridad Doínguez Leal: No, ya no.

Entrevistado anónimo: Pues ya no igual. Hay temporaditas que se compone el precio, pero de a momento se aprieta el mercado, y otra vez va para abajo el precio.

A partir del último fragmento de entrevista citado, es posible cuestionar una mitología histórica que ve únicamente al año de 1968 en México como el año del movimiento estudiantil y la matanza de Tlatelolco. Con ello no quiero decir que se le reste importancia a este acontecimiento, que sin duda se mantiene como una deuda histórica en el país respecto a un trauma irresuelto que se ha interpretado —de forma excesiva como han destacado algunos autores—³ como el eje de la historia política mexicana del siglo pasado rumbo a la democracia. De hecho, el testimonio citado permite cuestionar la política económica y agraria del sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) y del proyecto de modernización denominado como Desarrollo Estabilizador, que permitió un crecimiento económico sostenido a lo largo de

3 El movimiento estudiantil comenzó en julio de 1968 como un enfrentamiento entre estudiantes de bachillerato después de un partido de fútbol americano. La reacción del gobierno de la capital fue enviar al cuerpo de granaderos —grupo policial especializado en la contención y represión de movilizaciones sociales en la época—, el cual irrumpió en las instalaciones de los planteles de bachilleratos de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Politécnico Nacional, las dos principales instituciones de educación media y superior nacionales. A raíz de la represión perpetrada por cuerpos policiales y militares se elaboró un pliego petitorio que pedía la libertad de los presos políticos, la destitución de ciertos mandos, la desaparición del cuerpo de granaderos, la derogación de la normativa legal que permitía la represión a razón de la “disolución social” (artículos 145 y 145bis del código penal), la indemnización a familiares de muertos y heridos durante la represión y el deslindamiento de responsabilidades. El 2 de octubre, a 10 días del inicio de los Juegos Olímpicos, la memoria del movimiento quedó eclipsada por la masacre perpetrada en la Plaza de las Tres Culturas, en las unidades habitacionales de Tlatelolco. Hacia finales de año, el movimiento quedó completamente impotente y se disolvió. Dos balances historiográficos sobre el movimiento se encuentran en Jiménez Guzmán, 2018 y Collado Herrera, 2018.

la década. Ciertamente hubo crecimiento y un incremento en los niveles de vida de la población, pero para los campesinos fue un año de crisis que marcó el inicio de una época que empeoró al paso de las décadas. Por tanto, el objetivo no es desmitificar, sino complejizar el pasado reciente desde la perspectiva de quienes lo vivieron en distintos ámbitos geográficos y socioeconómicos.

La papa es el símbolo central de la memoria en Tlanalapan, como consta en los testimonios; “lo que las papas trajeron, las papas se lo llevaron”, me dijeron en una ocasión, como un dicho que explica el cambio agrícola de forma condensada. El pasado de la papa como objeto de la memoria posibilita construir narrativas históricas en donde las y los habitantes del mundo rural –junto con la tierra, los cultivos, el paisaje y las fuerzas del mercado– son agentes del cambio social. Podríamos seguir diciendo con condescendencia que las y los campesinos fueron relegados por una política neoliberal rapaz y que se mantuvieron inermes ante ello. Las condiciones socioeconómicas ciertamente cercenaron sus horizontes de expectativas económicas, productivas y laborales; pero resulta necesario conocer cómo ellas y ellos describen esa situación y qué visión tienen de su pasado y su presente. En una entrevista realizada el 31 de julio de 2016, Humberto Hípatl Hernández, hermano de José, describió la situación económica de los campesinos y de la agricultura para abastecer a las ciudades:

Luis Jiménez Segura: Y, vaya, cuando empieza, cuando el precio de la [papa] de color baja, ¿ustedes aquí en Tlanalapan que hacen? ¿Qué es lo que pasa?, ¿qué...?

Humberto Hípatl Hernández: ¿Qué vamos a hacer? Nada, pues lo mismo. Lo mismo de lamentarse de tanta producción y no ver dinero y tener que trabajar, buscarle para volver a sembrar. Pero esa costumbre no se nos va a quitar, porque de eso vivimos. Nosotros nos pasa lo de las abejas: la reina está adentro en el enjambre, en el panal, y las obreras tienen que buscarle a donde le encuentren para traerle Y así nosotros. Tenemos que buscarle para llevar la producción a la ciudad a donde nos la compren. Para hacer otro, unos cuantos centavitos para la familia.

En este testimonio podemos acceder a los significados que las y los campesinos de Tlanalapan dan al pasado como un objeto de la memoria y a las concepciones que tienen sobre el sistema social en el que se ubican. Incluso cuando la entrevista no tiene una intencionalidad para investigar acerca de fenómenos políticos, por ejemplo, su descripción del sistema como un panal de abejas. Con ello no quiero establecer una línea de correspondencia o causalidad, simplemente quiero decir que al trabajar con entrevistas podemos comprender cómo es que ellas y ellos entienden política y socialmente su mundo económico en sus propios términos: qué conceptos utilizan –por lo demás interesante la comparación entre abejas obreras y campesinos–, qué metáforas emplean, cuáles son las asimetrías en las que están insertos y cómo es que valoran su experiencia dentro del mismo esquema que describen. Con este último paso, es posible trabajar un ejercicio reflexivo en

conjunto; es lo que procuré en algunas de las entrevistas a modo de cierre.

En abril de 2016, realicé una entrevista con Rafael Nava Islas, campesino de Tlanalapan. A lo largo de la entrevista me contó acerca de sí, del pueblo, de su familia, de sus parejas y sus hijos y, sobre todo, de sus experiencias laborales dentro y fuera del pueblo. Cuando cayeron los precios de la papa, los circuitos laborales de la papa quedaron desactivados y los trabajadores agrícolas sin tierra, como Rafael, tuvieron que buscar nuevas oportunidades como jornaleros en regiones cada vez más alejadas. Un cuadrillero del pueblo (es decir, quien junta gente para trabajar en tierras ajenas) estableció contacto con productores de uva en el estado Sonora, al noroeste del país, y a partir de la década de 1990 los trabajadores de Tlanalapan comenzaron a irse para trabajar la uva. Rafael narró experiencias de violencia entre trabajadores como peleas, persecuciones y asesinatos. Sobre todo, resaltó el aprendizaje adquirido con los años y el valor actual, ya que ahora nadie le engaña sobre cómo es su país. Cuando le pregunté por ello, hizo una reflexión sobre su manera de concebir el conocimiento como elemento de distinción social:

Luis Jiménez Segura: Y, bueno, ¿ahorita hay algo más como que, a usted le gustaría decir al respecto? ¿Algo más de su experiencia?

Rafael Nava Islas: Pues sí, me gustaría, pues como te he contado ahora sí de lo de mi

vida yo desde chavo sufrí mucho. Vaya pues, trabajando, ahora sí me gustó trabajar

(...) El que sabe leer es una cosa y el que no sabe es otra. Por eso es que todavía no

pensaba yo, no acataba yo bien lo que me decía [mi papá], pero no es lo mismo [saber

leer que no saber]. ¿Pues cómo? El que sabe leer, ese sabe. El que no sabe, es como el que no ve.

Con todo lo anterior, los testimonios ofrecen una oportunidad de conocer las experiencias del pasado y escuchar las reflexiones de segundo grado que las y los testigos hacen de sus vivencias, de las experiencias colectivas y del tiempo en la historia. El pasado se vuelve un recurso aprehensible; es compartido entre miembros de una sociedad, entre generaciones sucesivas y, particularmente, entre quien solicita un testimonio y quien se ofrece a brindarlo. Los fragmentos de entrevista citados son apenas una muestra de cómo en Tlanalapan se construyen testimonios. Por un lado, los testimonios permiten comprender cómo establecen una distancia temporal entre la bonanza y la crisis de los precios de la papa, además de las formas en que se entrelazan las experiencias personales y colectivas con el conjunto de la historia agrícola nacional; el análisis permitiría situar su experiencia en un momento de transformaciones globales hacia el neoliberalismo, por lo que aquello que en los testimonios resulta particular, en el análisis es susceptible de ser comparado con las experiencias de otros grupos campesinos en América Latina.

En segundo lugar, las formas en que explican la historia de su pueblo permiten reflexionar sobre el significado del cambio social en la memoria colectiva. Ninguna de las experiencias referidas se concibe a sí misma como atípica, antes bien escapa a los límites geográficos del pueblo. El cambio que explican es económico y los lenguajes con los que se lo articulan se refieren a conceptos como inversión, ganancia, pérdida total, porcentajes, mercado, entre otros. Esto permite comprender que el fenómeno económico estudiado en este apartado puede ser objeto de estudio desde la memoria. Por tanto, un dato como una caída del precio del cincuenta por ciento se entiende de forma cualitativa como la angustia de los campesinos al buscar invertir sus recursos en la agricultura para mantener su identidad como productores agrícolas. En la medida en que podamos tender puentes entre las experiencias de los testigos y los fenómenos políticos, económicos, sociales y culturales, podremos salir de las visiones particulares de cada disciplina a fin de comprender problemas a una escala social mayor. Ello, por supuesto, se nutrirá en tanto incorporemos las experiencias contenidas en los testimonios y las explicaciones que también hacen en ellos.

El testimonio-acto en presente, el testimonio-objeto en pasado

El símbolo central de la crisis de los precios no son las papas en sí, sino la abundancia que llevaron al pueblo y la carestía de la cual no pudieron recuperarse. Los testimonios dan cuenta de cómo la abundancia atribuida a las papas fue producto de la vocación agricultora de los campesinos del pueblo, aprendida y transmitida entre padres e hijos. El entorno posterior a la crisis ha sido marcado por las carencias económicas del pueblo y por el abandono estatal; ambas ideas funcionan como marcos sociales. Sin embargo, los contenidos de la memoria colectiva ofrecen explicaciones más cercanas a las experiencias y las y los trabajadores rurales de América Latina. Si bien el precio es clave, el valor proviene del trabajo –aun si su incidencia en el precio es percibida como algo menor–; el valor confiere mayor peso a su identidad como paperos. Es, por lo demás, una significación histórica.

La elaboración del pasado en un testimonio de historia oral ofrece a las y los estudiosos de la memoria relatos autorreflexivos en los cuales se presentan supuestos filosóficos y teóricos propios de los testigos acerca de la historia. De ello, resulta posible comprender las y los narradores conciben a los agentes del cambio social, cuáles son sus propias explicaciones sobre dichas transformaciones y qué significan tanto para ellos como para las colectividades implicadas. Comprender a profundidad lo anterior puede permitirnos ensanchar nuestras concepciones de la historia e integrar las formas que los testigos explican los fenómenos sociales en sus propios términos; es decir, sus propias teorías de la historia. Al conocer sus experiencias y explicaciones, podremos encontrar puentes comunes que ofrezcan a estudiosos e interesados argumentos sobre el pasado más complejas e incluyentes. Con

el ejemplo que presenté acerca de cómo los campesinos de Tlanalapan integran sus conceptos de historia, olvido, cambio y aprendizaje –entre otras ideas–, mostré cómo una experiencia en apariencia particular puede ofrecernos una reflexión general acerca del pasado y de los actos de memoria. A raíz de ello, la elaboración de entrevistas es una invitación a conocer puntos ciegos del pasado y a reflexionar colectivamente sobre el potencial explicativo de la historia del tiempo presente. Es también una invitación al diálogo como una forma privilegiada para la construcción del pasado.

Al respecto, Alessandro Portelli señala que la historia oral no nos ofrece los datos sobre los hechos y las cronologías, antes bien “el hecho histórico real y significativo que las narrativas resaltan es a la memoria misma” (Portelli, 1991, p. 26; la traducción es propia). Considero que el tomar al testimonio como categoría analítica permite abrir el arco interpretativo para trabajar con las entrevistas de historia oral. El testimonio tiene una función fiduciaria que nos habla más de la intencionalidad de presentar sus contenidos como verdaderos que de los tipos de información factual que ofrecen. Sin embargo, ello no nos lleva a conocer las intenciones de los entrevistados al narrar sus experiencias y, de hecho, solo accedemos a contenidos específicos. Entonces, si el tipo de contenido de los testimonios no refiere directamente a la información factual ni a la intencionalidad, lo que sí podemos encontrar en ellos son las relaciones que el entrevistado sostiene y mantiene con el pasado como suyo.

Al utilizar la categoría de testimonio como herramienta analítica, la podemos ubicar primero en el plano heurístico de la operación historiográfica y, después, en el plano interpretativo y de la escritura de la investigación. El testimonio no es solo la fuente producida. La entrevista es solo eso, una entrevista, y para volverla fuente histórica hay que situarla en su contexto y contemplar sus contenidos como un acceso indirecto al pasado. A pesar de ello, no es todavía una fuente, en tanto no exista una pregunta de investigación que la articule con un problema social a estudiar. En la medida en que interpretamos la entrevista como testimonio objeto, podemos distinguir que el tipo de contenido trata más de los significados y que por lo mismo podemos acceder a cómo en el presente se significa el pasado. Por ello, es necesario hacer un movimiento de ida y vuelta: primero, producir en el presente al pasado, luego interpretarlo como pasado, para nuevamente distinguir al testimonio como acto de memoria y como representación del pasado.

Bibliografía

- Allier, E. (2018). Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico. *Revista de Estudios Sociales*, 65, 100-112.
- Assmann, A. (2008). Transformations between History and Memory. *Social Research*, 75 (1), pp. 49-72.
- Assmann, J. (1995). Collective Memory and Cultural Identity. *New German Critique*, 65, 125-133.
- Beristáin, H. (2013). *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa.
- Blumenberg, H. (2007). *Tiempo de la vida y tiempo del mundo*. Valencia: Pre-Textos.
- Cejudo Ramos, D. de J. (2021). Los testimonios orales y la historia del tiempo presente. En M. del C. Collado Herrera (coord.), *Nueve ensayos sobre historia del tiempo presente. Miradas desde México* (pp. 217-232). México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Collado, M. del C. (2018). El significado del 68. En M. V. Santiago Jiménez y D. de J. Cejudo Ramos (coords.). *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968. La historia contemporánea y del tiempo presente en México*. México: Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cuesta Bustillo, J. (2003). Los componentes del testimonio, según Paul Ricoeur, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 30(2), 41-52.
- Garay Arellano, G. de. (2017). De la palabra a la escucha. Una reflexión sobre la legitimidad del testimonio de historia oral. En G. de Garay Arellano y J. E. Aceves Lozano (coords.), *Entrevistar ¿para qué? Múltiples escuchas desde diversos cuadrantes*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos/Universidad de Concepción-Facultad de Ciencias Sociales/Universidad Central de Venezuela.
- Jelin, E. (2014). Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios de Memoria*, 1, 140-163.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo xxi/Social Science Research Council.
- Jiménez Guzmán, H. (2018). *El 68 y sus rutas de interpretación. Una historia sobre las historias del movimiento estudiantil mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jiménez Segura, L. (2021). "Saber sufrir": *Memoria, testimonios e historia de la crisis de los precios de las papas en Tlanalapan, 1987-1995* (tesis inédita de Licenciatura en Historia). Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, Ciudad de México, México.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Lara Meza, A. M. (2010). *La construcción de la memoria como fuente*

- histórica. En A. M. Lara Meza, F. Macías Gloria y M. Camarena Ocampo (coords.). *Los oficios del historiador: taller y prácticas de la Historia Oral* (pp. 59-78). Guanajuato: Universidad de Guanajuato.
- Mudrovic, M. I. (2005). *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*. Madrid: Akal.
- Passerini, L. (2006). *Memoria y utopía: La primacía de la intersubjetividad*. Valencia/Granada: Publicacions Universitat de València/Universidad de Granada.
- Portelli, A. (1991). *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories: Form and Meaning in Oral History*. Albany: State University of New York Press.
- Olick, J. K. y Robbins. (1998). Social Memory Studies: From 'Collective Memory' to the Historical Sociology of Mnemonic Practices. *Annual Review of Sociology*, 24, 105-140.
- Ricœur, P. (2005). *Caminos de reconocimiento: Tres estudios*. Madrid: Trotta.
- Ricœur, P. (2013). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Searle, J. R. y Vanderveken, D. (2005). Speech acts and illocutionary logic. En D. Vanderveken (ed.). *Logic, thought and action* (pp. 109-132). Dordrecht: Springer.
- Traverso, E. (2007). *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons.
- Vinyes, R. (dir.). (2018). *Diccionario de la memoria colectiva*. Barcelona: Gedisa.